

MI SANTA MADRE

Por CARMELA V. SAINT-MARTIN

CUANDO preguntaba a mi madre: —¿Por qué me quedé paralítico? Contestaba invariablemente: «No me lo preguntes, porque ése es mi castigo.»

Como me atemorizaba, nunca insistía; además, no era mujer para dar satisfacciones.

Recordaba muy bien los tiempos de mis juegos, y la bicicleta con la que evolucionaba hábilmente, pero cuando me ponía a pensar en la enfermedad que provocó la parálisis, mi mente dejaba de funcionar, caía sobre ella una nube que dejaba mi cerebro en blanco. Además, a raíz de mis esfuerzos, solía padecer la misma pesadilla que me enfermaba.

Veía una puerta muy pesada que unas enormes manos empujaban y que después daban vueltas a la llave puesta en la cerradura; las dos manos manejaban la llave. Yo tenía que impedir que la puerta se cerrara, tenía que arrancar la llave de las manos que la manejaban, pero no podía hacerlo, porque mis pies se hallaban clavados en el suelo, traspasados por dos espigas de hielo que se hundían en el entarimado, refrenando mi impulso. Me despertaba entonces mojado en un sudor frío y con la almohada húmeda de lágrimas.

• • •

Y, porque soy un paralítico que depende del sillón de ruedas o de sus muletas, me he quedado en casa, mientras otros acompañan el ataúd de mi madre al cementerio. Murió ayer repentinamente y me pregunto si no estoy también un poco muerto.

He vivido bajo su dominio, ya que mi padre desapareció, absorbido por la guerra.

Al quedar sola hizo frente a todo, a la casa, los negocios y al hijo paralítico.

Tampoco consigo acordarme de mi padre, lo veo como está en su retrato, no como figura familiar, aunque algunas veces sueño que viene hasta mi cama de inválido y me alza en sus brazos fuertes de carnicero, capaces de despedazar una res y de transportar los enormes trozos desde el camión de la carne hasta la cámara frigorífica.

Me parezco extraordinariamente al retrato de mi padre.

Cuando él se fue, mi madre cerró el negocio de carnicería, alquiló la parte delantera de la tienda, quedándose con la parte trasera, los fondos, que independizó con un fuerte tabique.

La trastienda era enorme, contenía la gran cámara frigorífica y otras dependencias que fueron amuebladas convenientemente y cuyo uso se reservó mi madre. Tomó en alquiler para mi el piso entresuelo contiguo, al cual se entraba directamente desde la calle, facilitando de este modo mis salidas en el sillón de ruedas que yo manejaba expertamente.

Creo que mi madre se dedicó al estraperlo y al contrabando, y debió hacer

buenos negocios, encerrando y conservando los preciados y escasos víveres que podían conseguirse y la gasolina (casi inexistente) en la cámara frigorífica.

No tuvimos servidumbre. Ella se bastaba para el manejo de la casa, para atenderme y aún le sobraba tiempo para atender también al huésped estable que admitía.

Eran tiempos de éxodo. Mi madre tenía mucha gente conocida y acogía a cuantos acudían a ella en busca de momentáneo refugio, en la ciudad superpoblada, después de una azarosa huida.

Era gente que pasaba un par de noches en casa y luego seguía su camino.

El primer huésped estable que tuvimos fue un hebreo. Era un hombre bajito, calvo, con unos lentes que, sobre su nariz imponente, aparecían ridículamente pequeños. Llegó a casa agotado, deshecho, con los pies envueltos en trapos. Traía como único equipaje una cartera negra que nunca perdía de vista.

Lo veíamos poco, pues, recluido en su habitación, con el temor todavía reflejado en sus ademanes —miraba constantemente hacia atrás como temiendo que le siguieran—, apenas salió más que para comprarse ropa y calzado.

Dormía en una habitación alejada de la mía, pero a pesar de la distancia y de las puertas cerradas, por las noches le oía gritar, renovando en sueños la pesadilla de su huida.

En casa se rehizo. Mi madre le cocinaba los platos que eran de su agrado

y el hombrecillo empezó a engordar y a sonreír.

Mi sillón de ruedas era tan silencioso como el paso de un gato. Un día en que la cena se enfriaba en la mesa fui a su cuarto para avisarle. No oyó mi tabaleo en la puerta, así es que, pensando que estaba dormido, la abrí.

Se hallaba absorto contemplando un montón de piedrecitas de colores extendidas sobre un paño negro colocado encima de la mesa. Las piedras se hallaban separadas por grupos. Cada grupo lo formaban piedras de un solo color. Las había de toda clase de tonos, verdes, rojas, azules y muchas otras transparentes y brillantes como trozos de cristal. Me quedé mirando los montones resplandecientes, luego, consciente de mi indiscreción, tosi para señalarle mi presencia. El hebreo se sobresaltó, recogió con rapidez el terciopelo, guardando dentro las piedras, lo arrolló con cuidado y ató el envoltorio con unos elásticos, metiéndolo en su cartera de mano.

Conté a mi madre lo que había visto y ella me dijo que dejara en paz al pobre señor y que no fuera indiscreto, me explicó que el hombre había pasado tantas calamidades y tanto miedo que se había vuelto un poco maniático, con una manía inofensiva que consistía en jugar con sus pedacitos de cristal.

Un día, poco después, el hombrecillo desapareció, con sus cristales, sus gafas y sus pesadillas; pero nos había traído buena suerte, porque los negocios de mi madre empezaron a mejorar.

Yo seguí en mi silla de ruedas, que tuvo que renovarse varias veces respondiendo al crecimiento de mi cuerpo.

No recuerdo que mi madre me llevara



a consultar al médico. Decía que mis piernas no tenían remedio y que era inútil intentar nada. Mis piernas parecían totalmente normales... pero no podía andar. Yo les daba masaje todos los días.

Ella pasaba el día en la trastienda, a la cual nadie tenía permitido el acceso. Dormía en una habitación contigua a la mía.

Tuve los mejores maestros y aprendí mucho de todas las materias. De la ciencia del vivir no aprendí absolutamente nada. Era un solitario, un aislado. Estaba tan ocupado con mis estudios que me apasionaban, que apenas advertí el trasiego de huéspedes que pasaban un par de días o permanecían algunas semanas con nosotros. El hebreo fue el que más tiempo se quedó.

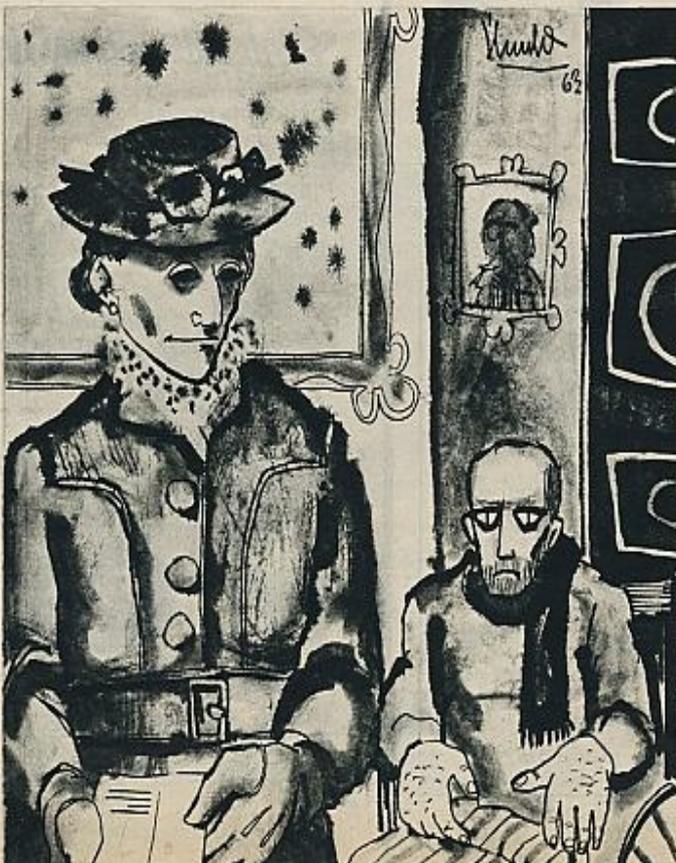
Todas ellas eran personas que venían de lejos, huyendo de la guerra o de la injusticia de la justicia y que paraban en la ciudad como momentánea escala en su viaje hacia América.

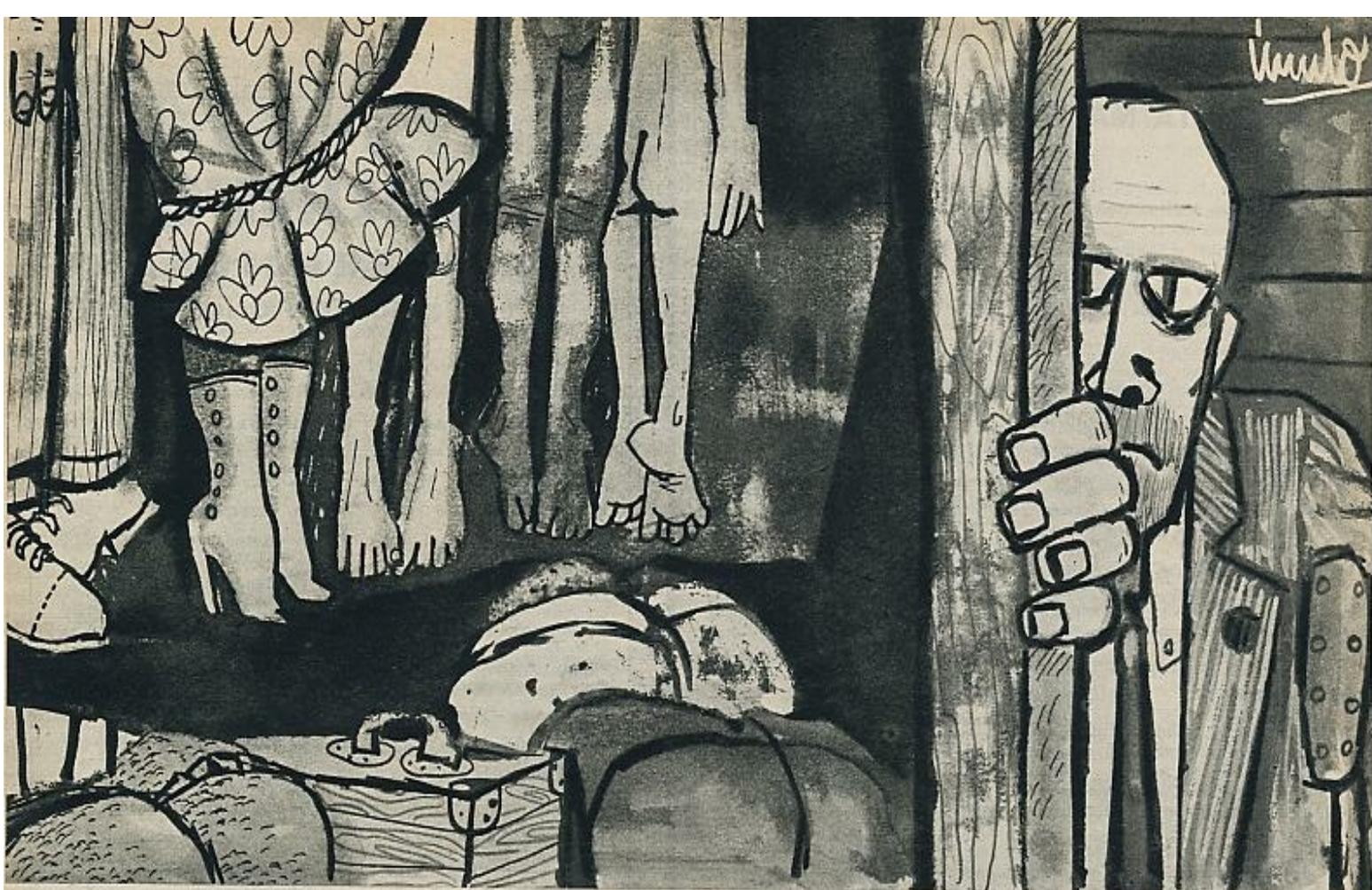
Mi madre los acogía con su tranquila eficiencia, les proporcionaba pasaportes y billetes para barcos y aviones, casi imposibles de conseguir, pero ella tenía por lo visto sus modos de hacerlo.

Ni uno solo de los viajeros se despidió de mí, ni siquiera envió una postal a su llegada. La gente olvida pronto los favores recibidos, además, me figuro que mi madre cobraba caras sus gestiones.

Cuando la guerra acabó, cesaron también los huéspedes y entonces mi madre quiso ocuparse más de mí. Pero aunque de ella dependía y me colmaba de cuanto un inválido puede ambicionar había entre ambos una pared de hielo que nos separaba.

Intentaba quebrarla, pero mis esfuerzos resultaban inútiles. No podía querer a mi madre. Me parecía monstruoso no corresponder a tanto cuidado, al cariño que adivinaba y ella pretendía ocultar con su adusto trato, pero así era y





yo no podía reaccionar de otra manera. Nunca le di un beso, ni aun después de muerta. Ella tampoco me los pidió... ¿Por qué?

Así fueron pasando unos pocos años hasta que mi madre murió ayer, de repente, y ahora se la acaban de llevar.

Se ha ido como se fueron los huéspedes, sin despedirse. Tampoco volveré a tener noticias suyas.

...

Abandono mi sillón de ruedas y voy por toda la casa apoyándome en las muletas. Quiero distraerme de esta sensación de vacío, ocupándome en algo. Intento leer pero no logro concentrarme. La música, que me apasiona, me parece impropia del momento. Entonces pienso en los papeles que habré de verificar.

Por primera vez tengo entre mis manos las llaves que ella no dejó nunca a mi alcance. Su desconfianza era uno de mis motivos de rencor. Las he rescatado de donde ella las puso en su último gesto consciente, entre la almohada y el colchón de su cama. Ahora me pertenecen, pero su posesión me produce un sentimiento de culpabilidad, como si las hubiera robado.

Las llaves son cuatro y forman un haz brillante por el uso. El llavero que las une es una sólida cadena hecha con bolitas de plata. Hay una llave Yale muy larga. Me obsesiona, parece una daga pequeña. Las desigualdades de su canto tienen un aspecto vil, como si una monstruosa alimaña hubiera mordisqueado el hierro dejando la huella de sus dientes. La segunda llave debe pertene-

cer a una mesa escritorio, la otra es más pequeña y de extraña forma, a la caja de caudales, y la última es la que abre la puerta del piso trastienda que tiene cerrojo de seguridad en su puerta blindada.

Me doy cuenta, contemplando las llaves, de lo poco que sé acerca de mi madre. ¿Qué hacía durante todo su tiempo? Apenas si nos veíamos a las horas de comer. Hablaba muy poco, cuando lo hacía —por lo general después de un par de copas de champagne— solía referirse a sus temores de una nueva guerra.

—El que no toma sus precauciones para aguantar otra guerra es un ensillado idiota —decía—. A mí no me tomaré desprevenida.

—¿Ni siquiera la bomba atómica?

—Ni siquiera. Una guerra se barrunta, hay que huir, y huir de los primeros; después no hay oportunidades de escapar.

No sé nada de los negocios que hizo, si los abandonó o continuaba con ellos. No sé nada de sus ingresos, aunque sí de mis gastos. Los estudios, libros, discos, todo costaba muchísimo dinero y ella era una mujer prudente que no se hubiera permitido esos despilfarros de no tener la vejez asegurada.

Y como debo organizar mi vida, salir de este capullo de seda en que me encerró mi madre, sin dejarme ni un solo resquicio para evadirme e ir aprendiendo mi oficio de hombre, tengo que enterarme de todas sus cosas, que ahora a mí sólo atañen.

Me decido y guardo las llaves en el bolsillo del pecho para poder echar mano de ellas con facilidad. Requiero las mu-

leas, que en la espesa soledad de la casa suenan apagadamente, y luego con dificultad hasta la puerta del rellano, frontera a la de mi vivienda.

¡El reino de mi madre!

La puerta rechina cuando la abro, pero no me acoge ese olor a cerrado y a polvo de los sitios deshabitados.

El despacho que hace frente a la puerta de entrada es grande, cómodo y está bien amueblado. Sé dónde está la caja de caudales porque cuando los obreros la estaban colocando dejaron la puerta abierta por un momento y al salir en mi sillón de ruedas vi el agujero que estaban abriendo en la pared. Mi madre permaneció con los hombres todo el tiempo que duró la colocación de la caja. Una muestra más de su desconfianza.

Me siento en el sillón y abro los cajones de la mesa escritorio, para lo cual utilizo la segunda llave. Admiro el metódico orden. Las facturas pagadas están sujetas con pasadores, las repaso con dedo distraído... me quedo mirando la última.

—¡Pero esto no puede ser!—digo en voz alta.

Debe tratarse de alguna equivocación. Repaso de nuevo las facturas. Si hubiera equivocación no se repetiría en todos los meses ni en todas las facturas... La cuenta de la electricidad es enorme. ¿A qué puede obedecer un gasto tan enorme de energía? Sigo revisando los papeles. Hay uno en que con letras pequeñas y grandes números dice: «Fecha del nacimiento de mi hijos. Pero no pone el día, ni el mes del acontecimiento, tan sólo la fecha escueta del año... Ahora recuerdo que solía repetírmela con cierta periodicidad.

Mi madre no hablaba para decir vaguedades —excepto cuando bebía—, cuanto decía tenía un sentido bien definido, por eso estoy seguro de que deseaba que yo relacionara la fecha con algo que ella ya no podría decirme. Sin embargo, como era desconfiada, «no quería adelantar acontecimientos».

La asociación de ideas debía, por lo tanto, ocurrirme después de su muerte. Ahora. La relación es transparente.

Miro hacia la caja de caudales disimulada bajo un grabado antiguo que representa a Ceres con las espigas por corona (¿discreta alusión?). Pruebo la manilla de la caja buscando la combinación.

Uno... nueve... tres... ¡Efecto! Doy vuelta a la llave y la puerta se abre.

Los cuadernillos de cheques agotados, atados con una cinta, forman un montón. Encima hay una nota «Gastos de mi hijos». Hay otros cuadernos de cheques en cuya matriz está la anotación del dinero que hay en la cuenta corriente. Hago la suma de memoria. La adición resulta altamente reconfortable. Descubro otro montón de papeles. Son gruesos sobres sellados de tamaños diferentes. Me produce desazón romper los precintos. Introduzco la llave por el rincón despegado del neta y desgarró el sobre. Dentro de él hay un espeso mazo de billetes de banco verdes. Dólares. Los cuento con dedos temblorosos. Hay ciento doce billetes de los grandes. Me entra duda de si serán legítimos. ¿De dónde podía mi madre tener tal cantidad de dólares? Rompo otro sobre más grande que el anterior, los billetes que contiene son como pañuelos, con sus elegantes y pálidos tonos. Son fran-

SIGUE

MI SANTA MADRE

cos franceses. En todos los sobres encuentro billetes, libras esterlinas, francos suizos. Monedas sólidas.

¿Cómo no llevó al banco esta fortuna? ¿Cómo la dejó expuesta al incendio o al robo? ¿Se refería a estas reservas cuando decía que estaba preparada para una nueva contienda?

Sigo rebuscando en la caja. Hay paquetes de acciones de diversas compañías, debajo un saco de gamuza que levanto difícilmente; lo abro y el brillo de las monedas de oro empalidece el tono verde de los dólares y el desvalido de los billetes franceses.

En el fondo de la caja hay un rebuldo de terciopelo negro. ¿Qué me recuerda? Porque yo he visto antes ese terciopelo raído...

Lo desenvuelvo con cuidado y dentro de la tela encuentro las piedrecillas de colores del judío loco. Su número ha disminuido notablemente desde que las vi... Lo considero como un recuerdo sentimental de mi madre, aunque no la creía romántica.

En mi cerebro hay una llamada de alarma que, sin poderla precisar, me inquieta. ¿De dónde viene? Es como un dedo que me hurga una de las recónditas circunvoluciones, aquella que permanece dormida sin permitirme recordar por qué me convertí en un inválido...

Esta intranquilidad no se debe a la emoción de saberme rico, es... otra cosa; otra cosa... cierta ansiedad. Estoy esperando algo indeterminado, algo que estoy esperando desde siempre, que me atemoriza, que va a caer sobre mí anodándome...

Cierro los ojos para ahuyentar estos imprecisos fantasmas, y dentro de mis pupilas empiezan a bailar las cifras astronómicas de la cuenta de la electricidad.

¿Era tan sólo esto la causa de mi desasosiego? ¡Qué absurdo! La explicación es sencilla. ¡La cámara frigorífica! La eterna manía de mi madre para prever las contingencias de la guerra.

Dólares, francos, monedas de oro... y los comestibles. Todo atesorado con el mismo fin: que los acontecimientos no la pillaran desprevenida.

¿Cómo estará la cámara? Repleta, abarrotada de productos de toda clase. Latas, tarros, bidones de gasolina, bebidas, alimentos deshidratados... Pienso que me vendría bien beber un poco, quizá el champagne disipe mis ideas deprimentes.

Con la aguda llave en la mano, voy requeando, apoyándome en las muletas, hasta la puerta grande y maciza de la cámara frigorífica.

Abro la puerta y la sujeto con el pasador que impide su cierre. La luz que ilumina la cámara se enciende automáticamente.

Dentro de ella no hay champagne, ni latas de comestibles, ni bidones de gasolina...

De cada uno de los ganchos de carnicería que salen de las paredes hay un cuerpo colgado, sujeto a la manera de los paracaidistas, con todo orden, con toda meticulosidad.

Las cuerdas que pasan por entre las piernas de los cadáveres se enlazan con las que cruzan el pecho, bajo los brazos y sobre los hombros para unirse en la espalda con una argolla que pende del gancho.

Entró en la cámara después de asegurarme de que la puerta está bien sujeta, para no caer yo también en la trampa mortal.

Empiezo a saludar a los rostros helados y negros.

Mi padre. Hola, padre; era yo tan pequeño que no pude acudir en tu socorro, por no poder hacerlo algo se dañó en mi cerebro que me dejó inválido.

—Hola, señor—digo al hebreo, que ya no lleva las gafas puestas—. Usted no estaba loco, ni sus piedrecillas eran cristales sin valor, ¿no es eso?

Madame Marfa, que tiene las faldas cogidas con las cuerdas, parece la caricatura de un gaucho, con los botines altos bien abrochados.

—¡Pobre madame! No se fue a Norteamérica a rehacer su vida con el montón de dólares, ¿verdad? Mi madre no le dio ocasión...

Siete muertos que llevan contemplándose mucho tiempo. Colgando, reemplazando los cuartos de buey, horribles, nauseabundos... Bajo cada muerto, alineadas sus maletas y sacos de mano, y dentro de ellos los pasaportes que no servían y los billetes de barco y avión que no llevaban a ninguna parte. Todos falsificados...

He caído sentado en el suelo, porque mis brazos no tienen fuerzas para apoyarse en las muletas y el intensísimo frío me hace temblar.

¿Pero es el frío?

Desde el suelo, al levantar la cabeza, veo las caras de los muertos barbudos, con reflejos verdes y los orificios enormes de las narices como simas oscuras por las que sale ese olor que marca.

En cuanto he reconocido el rostro de mi padre sé el porqué de mi invalidez. Por mi sentimiento de culpabilidad al no ayudarlo cuando mi madre se aproximó a la puerta abierta y la cerró, dando vueltas a la llave, dejando a su marido encerrado adentro, helándose poco a poco, hasta morir.

Ella ignoraba que yo estaba en un rincón observándolo todo. El terror me impedía cualquier movimiento; pero debí producir algún ruido, un suspiro quizá o un sollozo, porque la dura voz de mi madre me dijo:

—Si hablas de esto con alguien te encerraré a ti también, y morirás helado.

¿Me desmayé? Probablemente, y cuando recobré el conocimiento ya no me acordaba de nada... pero no podía mover las piernas.

¿Qué impulsó a mi madre a este primer asesinato? De haber recordado cómo mató a mi padre, ¿qué hubiera hecho ella conmigo? ¿Y yo? ¿Cómo hubiera reaccionado...?

Voy reculando, retrocediendo, valiéndome de mis manos, hasta que me hallo fuera de la cámara y entonces suelto el sujetador de la puerta y le doy el mismo empujón que le dio mi madre. Dejo dentro de la cámara a los siete fantoches rígidos, tan helados que pueden quebrarse, y entre ellos el de mi padre, que también puede quebrarse con tan sólo una caricia de mi mano.

Con ellos quedan el helado respeto que sentí por mi madre y mis muletas.

Como no me es posible abrir la puerta para recobrarlas, como no podré nunca más contemplar el horror, la abominación, me pongo en pie y, apoyándome en las paredes, salgo de la trastienda y llevo hasta mis habitaciones con las piernas temblorosas, inhábiles, recorridas por terribles calambres que muerden su carne... ¡pero válidas!

¡Ah! Seguiré pagando la cuenta de la electricidad...

CARMELA V. SAINT-MARTIN
(Ilustraciones de URCULO.)

GRAN CONCURSO "TRIUNFO" DE NARRACIONES 12.ª relación de originales

LA DANZA DEL COLLAR,
de Antonio Fernández Vázquez.

TODOS LOS DIAS,
AQUEL NISO,
de

Pedro Gabriel Sirvent.
OTRO HORIZONTE,
de

Francisco Cruz Avalos.
NOCHE SILENCIOSA,
NOCHE SANTA,
de

Francisco Cruz Avalos.
LOS HOMBRES FEOS
Y EL PIANO,
de

Pedro Gabriel Sirvent.
RECUERDO EN ROJO,
de

Amalia Romero Peralta.
LA ISLA DEL
AMOR PERDIDO,
de

Garrido de Loyola.
EL CALLEJON
y

LA VENGANZA,
de

Francisco Carabajosa Pons.
LA MUERTE DEL ABUELO,
de

Julio Fraile.
A TI,
de

Bel.
EL ESPEJO DE
LOS HOMBRES,
de

Matías Fernández Joven.
EL LIMOSNERO DE LORETO,
de

José María de Trujillo de Vargas.
MARINA,
de

Mercedes Lianzón.
EN UNA NOCHE OSCURA,
de

José Severín.
VIEJO TIEMPO
DE NAVIDAD,
de

Carmelo Arteaga.
AMARAS A TU PROXIMO
COMO A TI MISMO,
de

Josefina García Lázaro.
CAZADORES FURTIVOS,
de

Carlos García Bulza.
CUANDO ACABA
SEPTIEMBRE,
de

Pedro Emilio Fernández Cocero.
GABL. Y SU ESTRELLA,
de

Natalia Laguardia.
LOS PURTANOS,
de

Gonzalo Fortea.
LA ESPERA,
de

Elena Fernández de Sampedro.
MÁS ALLA DE LO HUMANO,
y

SALA DE ESPERA,
de

Joak Bresmar.
ROSARITO,
de

Fernando Villalba Diéguez.
DEBAJO DE ALGUN TEJADO,
de

Antonio Badía Altés.
¿AHORA?, AHORA YA NO
TIENE REMEDIO,
de

Peter Cellars.
NOCTURNO
y

EL VENENO,
de

Marcelo Miralles Casas.
UNAS JUDIAS CON BICHOS,
de

Emiliano Blanco García.

EL EXTRAÑO PROFESOR,
de

Arsenio Muñoz de la Peña.
UNA HISTORIA DIFERENTE,
de

Joaquín García Ibáñez.
EL ENCUENTRO,
de

Luis Otero Bravo.
ANA MARIA,
de

Fernando Villalba Diéguez.
EL DELITO,
de

Cristina Lacasa.
SUCEDIO UNA VEZ,
de

Juan Marga.
EL DESTINO MANDA,
de

María Teresa Dura.
CAROLINA Y EL
PRINCIPE REBELDE,
de

Palauet.
UN RATO DE... MIEDO,
de

Angel Maza Romero.
EL EXTRAÑO,
de

Dionisio Carrillo Robles.
EL REGRESO,
de

Manuel Barrios Gutiérrez.
EL AVARO DE LOS
RECUERDOS,
de

NOVAZGO VULGAR
y

SERVICIO DE CARRETERA,
de

Fernando Villalba Diéguez.
MI VIDA,
de

Salvador García Giménez.
LUZ DE LUNA,
de

Francisco Palomino-Vera.
PULSO DE LA ANSIEDAD,
de

Ramón Marquín Vega.
NO HE VISTO A DICK,
de

Martín Lazcano Erqueiza.
CHULO,
de

M. G. Velázquez.
UN RECUERDO,
de

Manolita Antón Hernández.
TUVERON LA CULPA
LAS SETAS,
de

Natividad Santistevé Peris.
YO VEO MAS...
de

Juan Olivares Bernal.
VERDAD Y JUVENTUD,
de

Alfonso Carlos Díez Álvarez.
FIESTA FELIZ DE OTOÑO,
de

Luis María Linde de Castro.
LINEAS PARALELAS
o

EL COMPLEJO DE
INFERIORIDAD,
de

Mary Carmen.
MENDIGOS,
de

INSOMNIO
y

LA MARCHA,
de

María del Pilar Rubio Peña.
AMOR EN PROSA,
de

M. de Almonte.
LOS DEPRIMIDOS,
de

ESTA FALSA LUZ DEL DIA
y

EL VIAJE,
de

Esteban Fornell Catalá.